

Las tres cosas del tío Pedro

I

No sabía a punto fijo Marcos Rodínez, rico fabricante de paños de Villahonrada, si el deseo que experimentaba por casarse con la linda Emerenciana, hija única del tío Pedro, sargento de la benemérita, retirado y estanquero del pueblo, nacía de las gracias personales de la doncella o de la fama bien fundada de mujer honrada y muy de su casa que la distinguía y colocaba a cien codos de altura sobre las demás muchachas casaderas del pueblo. Aunque a decir verdad, más parte tenía lo segundo que lo primero en las ansias matrimoniales de Marcos, hombre, aunque joven, muy positivista, como criado sin madre, a la que perdió en sus más tiernos años, y educado por un padre únicamente atento a mejorar su hacienda y a dejar en su hijo un digno representante del arte pañeril de los Rodínez, que desde siglos remotos habían tomado a su cargo la tarea de vestir al desnudo, no por obra de misericordia, sino por industria lucrativa.

Ello es que le gustaba la muchacha, y como la quería con buen fin, y por otra parte no había, aunque varias veces lo había intentado, medio de hablarle a solas, tal era la vigilancia con que su padre velaba por ella y lo que ella misma, a fuer de doncella honesta, se guardaba, decidió irse derecho al asunto por el camino más corto, que era el de pedir al estanquero la mano de Emerenciana, a fin de salir de una vez del paso en que le había metido el deseo de dar una dueña a su fábrica de paños.

Y dicho y hecho; como en Marcos Rodínez el concebir una idea y ejecutarla eran para él dos tiempos correlativos de una misma acción, se presentó una mañana en el estanco de Villahonrada haciendo en forma al tío Pedro su petición matrimonial, no sin hablar de la cuan-

tía de sus bienes de fortuna, por juzgarla argumento irresistible para la pobreza de la muchacha, y habido en cuenta el deseo de su padre de no cerrar el ojo sin dejarla bien colocada.

Pero el tío Pedro, dicho sea en su honor, que muy grande lo es en los presentes tiempos no dejarse alucinar por la riqueza, lejos de abrir de par en par a Marcos Rodínez la puerta por donde querían entrar sus deseos, comenzó por responderle que ni él ni su hija eran piezas de paño, cuya adquisición estribaba en el precio, y que sin decirle que sí, ni que no en aquel momento, aplazaba su contestación hasta después de haberlo consultado con su hija, con el cura del pueblo y con la almohada, o sea hasta el día siguiente, en que le haría saber el decreto que correspondía poner al memorial de sus pretensiones matrimoniales.

Con esta atinada y discretísima respuesta, volvióse el pañero a su fábrica, hasta que el sol llegó otra vez por sus pasos contados a iluminar a Villahonrada, y como su aparición en el horizonte del pueblo era la señal del término de las dudas e inquietudes de Marcos, tornó éste al estanco, donde le recibió cortesmente el tío Pedro, que comenzó a hablar de esta manera:

—He tratado con mi hija de la pretensión de usted, y debo decirle que, pesados el pro y el contra que tienen todas las cosas de este mundo, la balanza se inclina a favor de usted; quiero decir que Emerenciana no siente la menor repugnancia en darle su mano, aunque, como hija obediente y sumisa, se atiene en este punto a lo que yo en última instancia determine.

—¿Y usted qué determina?—preguntó el pañero con zozobra y no lejos de temer que la decisión del tío Pedro echase por tierra sus esperanzas.

—A eso vamos —respondió el estanquero—Por lo

pronto, y a fin de que no se ilame a engaño, le diré de una vez que mi hija no se casará sino con el hombre que cumpla las tres condiciones que a todo pretendiente a su mano pienso imponerle.

—Puede usted poner las que quiera, que desde luego las acepto, incluso el dotar a su hija con la mitad de mi fortuna.

—Cepos quedos, señor Marcos; porque si prosigue usted por ese camino, se expone a desandar en un momento lo que lleva andado en un día. Ni mi hija ni yo vamos tras el vil interés, y lo que únicamente queremos es que el que haya de llamarse su marido sea como Dios manda, porque el dinero va y viene como arcaduz de noria, y las malas o buenas cualidades no se mudan sino por la gracia de Dios o por artes del demonio.

—Pues en lo que toca a buenas cualidades, no temo que nadie me heche la zancadilla ni en el pueblo ni en veinte leguas a la redonda. Que a trabajador no hay quien me gane, y de mis demás condiciones no se hable, que ni soy jugador, ni borracho, ni pendenciero, ni alegre de cascós, ni tengo otras aficiones que la de estar siempre al yunque para aumentar la fortuna que me dejó mi padre. Hombres de mi temple, aunque me esté mal el decirlo, son los que necesitaba España para no verse tan arruinada como se encuentra. ¡Trabajo y más trabajo! Que donde hay trabajo hay vida, y prosperidad, y riqueza.

—Bueno es el trabajo—replicó el tío Pedro—Pero no sólo de pan vive el hombre. Pero vamos a las condiciones. Estas son que durante tres meses vaya usted todos los días a la ermita de San Blas, y a la hora de la primera misa, y me traiga un poco de aceite del Santo, que es para mí el único remedio del mal de garganta que padezco; que después dé usted un rato de conversación al ciego que pide a la puerta de la er-

mita, y que todas las tardes haga usted una corta visita a la tía Mónica, la paralítica. Si cumple usted esas condiciones, y en ese tiempo adquiere usted algo que, al parecer de mi hija y al mío, le falta para ser un excelente marido, suya es su mano; si no, no hay nada de lo dicho, y tan amigos como antes.

Perplejo quedó Marcos Rodínez con la salida del tío Pedro; mas como sólo podía optar entre tomarlo o dejarlo, optó por lo primero, y se volvió a sus paños, dándose de calabazadas para adivinar si todo aquello no sería burla del estanquero para hacerle desistir de sus pretensiones matrimoniales, o capricho de un cerebro perturbado por el desgaste de los años.

II

Pero por sí o por no, determinó cumplir las condiciones que le había impuesto el estanquero para obtener la mano de Emerenciana, y al día siguiente, antes de que la campana de la ermita tocase el *Angelus*, ya estaba Marcos a su puerta, algo molestado por el temor de que alguien le viese. ¡A él, que hacía alarde de no tener otra religión que el trabajo! Aunque bien pronto le tranquilizó la idea de que, dado lo temprano de la hora y la distancia a que el santuario se hallaba del pueblo, un buen cuarto de legua, no encontraría a nadie, o todo lo más a dos o tres viejas santurronas, de las que se ocultaría del mejor modo que pudiera. Lo de conversar con el ciego que pedía a la puerta de la ermita le parecía una insigne majadería, lo mismo que la visita a la paralítica; pero como todo ello se reducía a unas cuantas palabras de buena crianza, aparte de la pérdida del tiempo que esto suponía, ningún perjuicio le habría de venir por ello, ni era tan grande esa pérdida que no pudiera subsanarla redoblando su vigilancia en la fábrica el resto del día, y haciendo sudar, más de lo que hasta entonces acostumbraba, a sus infelices operarios.

Lo que sí le preocupaba algo era aquello de que, cumpliendo con las obligaciones que le había impuesto el tío Pedro, llegaría a tener algo que le faltaba para ser un excelente marido. Porque ¿qué podría conseguir yendo a buscar con una alcuza, como si fuera una vieja, el aceite de San Blas, y hablando con el ciego y la paralítica? Aquello era para volverse loco; pero ¡ya se lo diría al tío Pedro cuando fuese su suegro y le colocara en lugar del capataz que tenía en la fábrica, para que todo, como vulgarmente se dice, quedara en casa!

Con estos pensamientos se encaminó al día siguiente a la ermita, pensando en llegar y besar el santo; es decir, como besarle no pensaba Marcos en tal cosa, pues bonito era él para semejantes pamplinas, que así llamaba a todos los actos devotos; pero pediría el aceite bendito, pagaría por él lo que fuera de razón, y después de gastar dos cuartos de conversación con el ciego se volvería a su fábrica, a la que llegaría, después de dejar el aceite en el estanco, a tiempo de ver entrar a los trabajadores, y allí esperaría la hora de visitar a la paralítica, y en paz hasta el día siguiente.

Y sucedió que nuestro hombre se entró por la ermita como Pedro por su casa, es decir, sin más reverencias ni más genuflexiones que las que empleaba para andar por la fábrica; y lo primero que vio, además de las dos o tres viejas santurronas con cuya presencia contaba, fue una docena de hombres que, arrodillados con suma devoción, asistían a la celebración del santo sacrificio de la Misa.

—¡Hato de holgazanes!—exclamó para sí Marcos.—Valiera más que en lugar de estarse ahí dando golpes de pecho fuérais a buscar trabajo, y no que de aquí saldréis a mendigar por esos caminos, y ¡quién sabe si a hacer alguna cosa peor!

Pronto, sin embargo, vióse obligado a mudar de opi-

nión, cuando la creciente luz del día le permitió ver aquel *hato de holgazanes*, en el que reconoció los mejores trabajadores de su fábrica, y su admiración subió de punto cuando se acordó de que aquellos hombres vivían a media legua de los talleres, en dirección opuesta a la en que la ermita se hallaba, lo que suponía una caminata de legua y media antes de entregarse a las faenas diarias de su oficio.

—¡Cuánto puede la superstición!—añadió a modo de correctivo a la admiración que le había causado la conducta de aquellos obreros.

Pero es el caso, que, a pesar de su fallo de persona despreocupada, como él se llamaba, aquella actitud humilde de unos hombres que sabía lo eran en toda la extensión de la palabra, le atraía con un encanto que no podía definir, y para romperlo aprovechó el paso del sacristán de la ermita por la nave, y, alcuza en mano, le pidió un poco de aceite de San Blas. Dióselo el sacristán, y al preguntarle el precio, aquél le contestó:

—Este aceite no se vende; pero si usted quiere dar una limosna para el santo, puede echarlo en aquel cepillo.

Hízolo así Marcos, cada vez más admirado, y después de esperar en el ángulo más oscuro de la ermita a que de ella salieran los obreros, se salió a su vez para cumplir la segunda de las condiciones del tío Pedro, que, como ya sabemos, era la de hablar un rato con el ciego que postulaba a la puerta del santuario. Llegóse a él Marcos, y para entablar conversación con el pordiosero, no halló o tras palabras que las siguientes:

—¡Mala vida lleva usted, amigo!

—¿Mala?—respondió el ciego.—No me la dé Dios peor, que otras son más dignas de compasión que la mía.

Aquella respuesta dejó al pañero como quien ve vi-

siones, y sin saber ya, como vulgarmente se dice, por dónde se andaba, replicó:

—Pero ¿no está usted desesperado?

—¡Desesperado! ¿Y por qué?

—¡Hombre! Por la falta de vista y la pobreza en que se encuentra.

—Le diré a usted, señor. La falta de vista no es ningún plato de gusto que se diga; pero confío, si llevo esta cruz con paciencia, ver a Dios por toda una eternidad, y esto templa mi pena. Y en cuanto a mi pobreza, aunque grande, no lo es tanto que deje de proporcionarme mal que bien el sustento del día, gracias a las buenas almas y, sobre todo, a la eficacia de la oración en que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo a pedir a Dios el pan nuestro de cada día, y que nunca deja defraudado al que la reza con devoción.

Aquello fue para Marcos el asombro de los asombros. ¡Cómo! ¡El, que tenía el dinero a espuestas, y que sudaba y se afanaba por tener cada día más, sufría horriblemente por el menor contratiempo y desconfiaba del éxito de sus especulaciones, y aquel infeliz, falto del sentido corporal más importante y sin más apoyo que el precario de la limosna, descansaba tan confiado en un poder sobrenatural! ¿Qué mundo era aquél tan desconocido hasta entonces para él, en que los fuertes se humillaban, como acababa de ver a sus mejores obreros, y los débiles se levantaban con las alas de una esperanza fuera de todas las combinaciones y cálculos humanos?

Sin saber qué decir ni qué pensar, alejóse Marcos del ciego, y, después de entregar el aceite al estanquero, se encaminó a su fábrica, donde con más insistencia que a los demás vigiló a los obreros que por la mañana había visto en la ermita, y pudo convencerse nuevamente de que eran los que con más asiduidad trabajaban y más

cuidado ponían en la perfección de sus labores. En esto llegó la hora de visitar a la paralítica, y allí le esperaba otro ejemplo de la virtud cristiana y un motivo de remordimiento para su conciencia, hasta entonces dormida, pues al interrogar a la anciana supo que era viuda de un trabajador de su fábrica, muerto a consecuencia de haber sido cogido por el volante de una de sus máquinas. Pero lo que más le llegó al alma fue ver que, mientras él no había vuelto a acordarse de aquel obrero muerto en su servicio, gran número de personas, casi todas ellas pobres, llenaban cerca de la enferma los oficios de una caridad a que él, más que nadie, se hallaba moral y materialmente obligado. Socorrió abundantemente a la viuda, y volvió a su fábrica con pensamientos muy diferentes de los que embargaban su espíritu al comenzar aquel día, y entre las pesadillas de un sueño agitado vio varias veces un resplandor vivísimo, en el que, escritas con letras de fuego, se destacaban las palabras siguientes:

CREE, ESPERA, AMA.

III

¿Necesitaremos decir el final de esta peregrina historia?

Seis meses después de los hechos que acabamos de narrar salía de la ermita de San Blas un hombre limpio de culpas en el santo tribunal de la Penitencia, y con el alma confortada con el Pan de los Angeles. Era el pañero, que con andar apresurado se encaminaba al estanco del tío Pedro, y puesto en presencia del sargento retirado de la benemérita, le dijo estas palabras:

—Padre, si es que me permite usted que le dé este nombre; he cumplido las condiciones que usted me impuso hace seis meses y adquirido la fe, la esperanza y la caridad, que creo eran las tres virtudes que me faltaban

para ser un buen marido. ¿Puedo contar con la mano de su hija?

—Tómala—respondió el estanquero,—que bien la has ganado; y no olvides en adelante que es bueno el trabajo santificado por nuestro Señor Jesucristo, pero mejores son aún las virtudes, porque no sólo de pan vive el hombre.

MARIANO TIRADO

Filosofía de los pueblos orientales

EL EGIPTO

Alabados fueron los egipcios desde la más remota antigüedad por su sabiduría, la cual se remonta a tiempos anteriores a Moisés, (siglo XVII a. C), quien, según la Biblia, fue instruido en las ciencias y las artes de los egipcios. A ellos atribuye Platón la invención de las matemáticas y particularmente la geometría. Efectivamente, el país sufre las inundaciones periódicas del Nilo, que borraba los lindes de los terrenos, y esto hizo necesario el *arte de medir* las tierras.

Cicerón dice: *Aegyptii et Babilonii, in camporum partium aequoribus habitantes, cum ex terra nihil emineret quod contemplationi coeli officere posset, omnem curam in siderum cognitione possuerunt*. (De divinatione). (1).

Las revelaciones científicas que algunos modernos han creído descubrir en la Gran Pirámide, confirman la opinión de los antiguos acerca de los grandes conocimientos astronómicos y matemáticos de los egipcios.

(1) Los egipcios y los babilonios, que habitaban en llanuras de campos abiertos, como de parte del suelo no sobresaliese eminencia alguna que pudiese estorbar la contemplación del cielo, cifraron todo su empeño en el conocimiento de los astros.